

La casa de los solitarios



Palabras en tránsito / 09

La casa de los solitarios

Stella Benson



Traducción de Lucho Tapia



LIBROS DE LA VORÁGINE

Living alone (London, 1919)

de Stella Benson

Traducción de Lucho Tapia

Edición & producción por Lucho Tapia

Diseño & maqueta por Ljuba Bustos

Diseño de cubierta por Kedi Tapia

Imagen de tapa: Stella Benson

ISBN: 978-84-120736-5-2

Algunos Derechos Reservados. Este libro se puede copiar, prestar, leer en público o en privado, a viva voz y en susurros, transmitir por medio de cualquier aparato electrónico (o no) existente o todavía por inventar, y en realidad usar de cualquier manera siempre y cuando ese uso no sea comercial.



Índice

	LA INQUILINA SOLITARIA	13
1	LA MAGIA VIENE A UN COMITÉ	15
2	EL COMITÉ HACE UNA VISITA A LA MAGIA	27
3	EL CHICO ETERNO	51
4	EL BOCATA PROHIBIDO	65
5	UN ATAQUE AÉREO DESDE ABAJO	79
6	UN ATAQUE AÉREO DESDE ARRIBA	101
7	LA GRANJA DE LAS HADAS	117
8	MIÉRCOLES DESAFORTUNADO	143
9	LA CASA DE LOS SOLITARIOS SE VA	159
10	LA INQUILINA SOLITARIA	183

Este no es un libro real. No va de personas reales, ni debe ser leído por personas reales. Hay tantos libros reales que se han escrito para gente real, y tantos más que aún aguardan ser escritos, que espero que un librito extraño como este, escrito para esa minoría de gente interesada en la magia, no sea considerado un intruso demasiado atrevido.

Agradezco al editor del *Athenaeum* que me haya permitido reutilizar el poema «Desprendimiento» y el primer capítulo de este libro. El amable permiso del editor de la *Pall Mall Gazette* concediéndome el derecho a reutilizar los escritos que publiqué en su periódico me permite así incluir, en el capítulo 5, el trágico incidente del autobús enloquecido.

S. B.

La inquilina solitaria

Mi yo se ha vuelto demasiado loco y ya no lo domino.
Se ha vuelto cobarde y vive más allá de todo consuelo,
Gime: «Dios mío, es un desastre lo que me sobrevino».
Se queja por la noche: «Me han herido, estoy ciego».
Voy a separarme de él. Edificaré mi morada
lejos de mí mismo y mis lágrimas no serán estorbo:
¿Acaso veré las lágrimas que otros han vertido?
Nunca más estos oídos atestiguarán tormento del otro.

Buscaré el más alejado y quieto lugar
para mi alma. Porque muero por ser testigo
de la protesta apasionada de la humanidad
contra la maldición que para su mundo es destino.
Ni mi vagabundeo, ni siquiera mis desvíos
darán a mi búsqueda perspectiva o dirección.
Nunca conoceré la ligereza del alivio,
No habrá para mí aliados ni orientación.

Las olas del tiempo infinito pueden tronar y cantar
contra los acantilados del espacio. Y en este océano
zarparé, sin miedo a naufragar.
El tiempo inconmensurable me da sosiego:

Este mar, que ha parido un millón de veranos,
Y que ha dado a luz un millón de primaveras,
Cantará para hechizarme, como cantará
para los que la vida abandona y la muerte recibe.

Mira arriba las estrellas que la ira destierra
y los años inmortales que se burlan del dolor,
Aquí está la promesa de la languidez próspera
para consolar de nuevo los mares del tiempo.
Y todos los hijos cuyas almas podrían salvarse
de la muerte imploran: «Este luto algún día debe terminar.
Dices que vida y amor nos viniste a dar.
Pero lo que hallamos no fue un amante sino muerte».

Voy a separarme de mi Yo. Está solo
e indaga por las oscuras ruinas de su pasado.
Intenta entrar a golpes a los templos
pero llegando al altar la plegaria lo niega.
Sin embargo yo soy libre: libre de la indecisión
Y libre de la sangre, la fatiga y la crueldad.
Vendí mi Yo a cambio de serenidad. A cambio
de la joya del silencio, y la oscuridad de la visión.

La magia viene a un comité

Había seis mujeres, siete sillas y una mesa en una habitación sin más muebles, en un barrio desangelado de Londres. Tres de las mujeres eran de las que no tenían una vida fuera de los comités; no hace falta hablar de ellas. Las otras dos eran la señorita Meta Mostyn Ford y Lady Arabel Higgins. La señorita Ford era una buena persona y una dama. Tenía unas manos preciosas, porque pagaba a una manicura para que se las mantuviera así, pero su concepto de la moral le impedía empolvarse la nariz. Era la clase de mujer con la que un hombre querría casar a su mejor amigo. Lady Arabel era mayor: era tan virtuosa como Aquiles invulnerable. Cuando nació y su alma se empapaba de virtud, la fortuna permitió que un talón permaneciera seco. Tenía marido, pero ninguna otra tragedia importante en su vida. Estas dos mujeres obviamente no eran del barrio. Sus pestañas hacían pensar en Bond Street (o por lo menos en Kensington), sus zapatos estaban limpios y no se habían comprado los guantes en las rebajas. En cuanto a la sexta mujer, cuanto menos se diga en este momento, mejor.

Estas seis mujeres estaban allí porque su país estaba en guerra, y sentían que era su deber contribuir a que siguiera estándolo, al menos de momento. Formaban el núcleo del Comité de Ahorro para Tiempos de Guerra y esperaban a su presidente, el alcalde del municipio, que también era tendero.

Cinco de las miembros del comité discutían métodos para convencer a los pobres de que ahorraran dinero. La sexta hacía garabatos con un lápiz sobre la mesa.

Fueron interrumpidos, no por el tan esperado alcalde, sino por una joven que irrumpió por la puerta principal y corrió a esconderse debajo de la mesa. Sorprendidas, las miembros del comité echaron hacia atrás sus sillas y profirieron gritos de asombro y protesta, como suelen hacer las mujeres importantes del mundo.

—Me persiguen —jadeó la persona que estaba debajo de la mesa.

Las siete aguzaron el oído y escucharon el sonido apagado del silencio durante varios segundos. Entonces, cuando no se oyó ningún grito, la desconocida salió de su escondite.

Para cualquier otra persona, habría sido obvio que la desconocida era una especie de Cenicienta, destinada a convertirse tarde o temprano en una heroína. Pero no para los miembros del comité. Cuando te unes a un comité, abandonas todo sentido de la realidad. Por eso, cuando tu día a día se convierte en una rutina diaria de comités, es como si estuvieras muerto..

La desconocida no era bonita; tenía la cara ancha y curiosa. Sus ropas estaban en demasiado buen estado para tirarlas, y una se habría alegrado de dárselas a una dama decadente.

—Robé este bollo —explicó sin rodeos—. Hay un panadero alemán que me persigue.

¿Por qué lo ha robado? —preguntó la señorita Ford, pronunciando la «q» de «Por qué» con un aterrorizado y altivo murmullo aspirado.

La desconocida suspiró:

—Porque no podía pagarlo.

—¿Y por qué no podía pagar el bollo? —preguntó la señorita Ford. ¡Una joven sana como usted!

Hay que notar cuánta experiencia tenía en trabajo social.

La desconocida se explicó:

—Hasta las diez de esta mañana yo era una integrante de la clase acomodada, como usted. Tenía cien libras.

Lady Arabel era una de las personas más amables de este mundo, pero se estremeció al oír hablar de clase acomodada. Lady Arabel habría dicho de la ropa de la extraña que era «muy terrosa». Si vas bien vestido, te sientes orgulloso de ti mismo y puedes mirar a un ángel directamente a los ojos sin avergonzarte. Si llevas ropa desgastada, te sientes aún más orgulloso, así que no tienes que obligarte a bajar la mirada cuando te encuentras con un ángel. Pero si llevas un «conjunto» de piel de ardilla sobre un vestido teñido que originalmente costaba cuatro duros, entonces estás condenada de antemano.

—¿Ha despilfarrado todo ese dinero? —continuó la señorita Ford.

—Sí, en diez minutos.

Un escalofrío recorrió a las seis miembros. Algunas se quedaron boquiabiertas.

—Qué vergüenza —dijo la señorita Ford—. Espero que el panadero la atrape. ¿No sabe que su país ha entrado

en el mayor conflicto bélico de la historia? Cien libras... podría haber contribuido al préstamo de guerra.

—Sí —dijo la extraña. Eso es lo que hice. Así fue como malgasté mi dinero.

La señorita Ford pareció atragantarse con esta respuesta. Se podía ver cómo su ingenio se asfixiaba.

Lady Arabel, que aún no se había involucrado en la conversación y había escapado así a la catástrofe, tomó la palabra:

—Se ha comportado tontamente —dijo—. Todas estamos terriblemente ansiosas por suscribir el préstamo de guerra, en la medida de nuestras posibilidades. Pero el Estado no espera nada más de nosotras.

—Que Dios la bendiga —dijo la extraña en voz tan alta que todas se sonrojaron. Sí, por supuesto. ¿Pero no le parece divertido, cuando hace un regalo, superar cualquier expectativa?

—El estado... —empezó a decir Lady Arabel, pero la señorita Ford la interrumpió:

—Pero, no, ¡todo son puras mentiras! No puede esperar que le creamos.

La desconocida la oyó. La gente así no escucha solo con los oídos. Sonrió.

—Les enseñaré el recibo —dijo.

Y de su gran bolsillo sacó varios objetos antes de encontrar lo que buscaba. La sexta miembro observó varias bolsas etiquetadas como MAGIA, que la desconocida manipuló con sumo cuidado.

—Extremadamente explosivas —advirtió.

—Creo que está borracha —respondió la señorita Ford, cogiendo el recibo.

Era, en efecto, un justificante de suscripción al Prés-

tamo de Defensa Nacional; y el nombre y la dirección que figuraban en él eran: señorita Hazeline Snow, The Bindles, Pymley, Gloucestershire.

Lady Arabel sonrió aliviada. No llevaba mucho tiempo trabajando en el sector social y aún no había adquirido el gusto por ridiculizar a los que no lo merecían.

—¿Así que estos son su nombre y dirección? —preguntó.

—No —respondió la desconocida.

—¿Son estos su nombre y dirección? —repitió Lady Arabel en voz más alta.

—No —respondió la desconocida—. Me los inventé. ¿No le parece que «The Bindles, Pymle» suena especialmente coqueto?

—Sí que está borracha —repitió la señorita Ford, que había asistido a ocho reuniones esta semana.

—Shhh, Meta —siseó Lady Arabel, que se inclinó hacia delante, mostrando los dientes sin sonreír pero con gracia—. Ha dado un nombre falso y una dirección que no existe. Querida, me pregunto por qué.

—Creo que podría averiguarlo por usted misma. ¿A que es divertido no recibir ningún agradecimiento? ¿O enviar giros postales de cuando en cuando a personas cuyas direcciones parecen tan tristes en la guía telefónica?, ¿U olvidarse de llevar consigo los paquetes comprados en tienditas pobres? ¿O mirar con ostentoso respeto a los scouts que marchan, teniendo en cuenta que no se ven a sí mismos como niños trotando detrás de un cura disfrazado, sino como verdaderos soldados del ejército británico rumbo a la batalla? Es solo una mirada de admiración en medio de la multitud, cien libras caídas del cielo para el pobre y melancólico señor Bonar Law....

La señorita Ford soltó una carcajada distinguida, aunque burlona.

—Usted me divierte —dijo, en un tono que hacía imposible intentar divertirla.

La señorita Ford era el miembro ideal de cualquier comité, puesto que los comités existen únicamente para desalentar el entusiasmo.

La reacción de la desconocida fue de rara intensidad. En cuanto oyó la risa de la señorita Ford, se le pusieron los ojos vidriosos.

—¿No le gustó lo que le estaba contando?

Las lágrimas rodaron por sus mejillas.

—¡Oh! —exclamó la señorita Ford—. Parece, si no ha estado bebiendo, que sufre algún tipo de histeria.

—¿Cree usted que la juventud es una forma de histeria? —preguntó la desconocida. ¿O el hambre? ¿O la magia? ¿O...?

—¡Oh!, en nombre de Nuestro Amado Todopoderoso, ¡basta de listas! —imploró la señorita Ford, que había encontrado esta encantadora expresión en el mismo sitio donde había encontrado su risa, y la mayoría de sus ideas: en la ficción contemporánea. Tenía muchos amigos que habían hecho de la escritura su profesión. También conocía a artistas, a una actriz y a mucha gente que hablaba. Y un día ella también estuvo a punto de hacer algo inteligente. Continuó:

—Si pudiera verse... Ofreciendo apoyo a nuestras tropas entre dos bocados de un bollo robado. También le daría risa. Pero a lo mejor no es de las que se ríen —añadió, endureciendo la boca.

—¿A qué se refiere con «reír»? —preguntó la desconocida—. No sabía que ese ruido se llamaba *risa*. Creía que bastaba con decir: «Ja ja ja».

Y en ese momento llegó el alcalde. Como ya dije, era tendero y presidente del comité. Puede que fuera un pésimo presidente de comité, pero era buen tendero. En general, los tenderos se visten de blanco para desempeñar sus funciones, lo que yo diría que sugiere algo sobre la pureza de sus corazones. Se pasan el día rodeados de buenos productos, agradables al tacto, y a veces venden jabones que no huelen demasiado mal y a veces cortan queso, y entonces su aura llega a rivalizar con la del carnicero, ya que ni siquiera tienen que hacer esfuerzo físico. Y lo mejor de todo es que manejan relucientes latas cubiertas de bellas ilustraciones.

Por supuesto, los alcaldes y los tenderos no tenían ninguna importancia para la señorita Ford; los presidentes de los comités, en cambio, eran de una categoría totalmente distinta para ella. Saludó cortésmente con la cabeza al alcalde y tendero, pero acercó la séptima silla a su presidente.

—¿Puedo terminar con el caso de esta señora? —preguntó con la voz amable e inclusiva que reservaba para las reuniones de los comités.

Luego añadió, en dirección a la desconocida:

—Es inútil que siga con sus tonterías. La entendemos, pero no se puede manipular al comité. Sin embargo, creemos su historia, al menos hasta cierto punto, y estamos dispuestos a ayudarle si nos proporciona suficiente información. Voy a anotar algunos datos. En primer lugar, ¿su nombre es... ?

—Mmm... pensó la desconocida. Veamos, no le gustaba mucho Hazeline Snow, ¿verdad? ¿Y que piensa de Thelma...? ¿Thelma Bennett Watkins?... Ya sabe, la familia Watkins de Rutlanshire, bueno, la generación más joven...

Miss Ford agitó su lápiz con desesperación.

—Pero ése no es su verdadero nombre.

—¿Qué quiere decir con «verdadero nombre»? —preguntó la desconocida con ansiedad. ¿No le sirve? ¿Que hay de Iris... Iris Hyde?... Verá, el problema es que nunca me bautizaron... Nací objetora de conciencia y por eso...

—Oh, en nombre de Nuestro Amado Todopoderoso, ¡cállese! —exclamó la señorita Ford, apuntando «Thelma Bennett Watkins» como una forma de autodefensa—. Supongo que ése es el nombre con el que está censada.

—No lo recuerdo —respondió la desconocida—. Sin embargo, sí recuerdo que mi profesión figuraba como «Magia», pero que en su lugar, en mi formulario, escribieron «Maquinista». Sin embargo, creo que la magia es uno de los oficios reconocidos por el censo.

—Pero, ¿cuál es su verdadera profesión? —preguntó la señorita Ford.

—Se la mostraré —respondió la desconocida, desabrochando de nuevo la solapa de su bolsillo.

Escribió una palabra en el aire con el dedo y dibujó una floritura debajo. Tan florida fue la floritura que la cubrió enroscándose hasta los dedos de los pies. Entonces, la desconocida se encaró con su público. Los miembros del comité se sobresaltaron: la persiana de repente estaba subida y afuera, tras la ventana, contra el extraño telón de fondo de la calle, los árboles de una pequeña plaza a lo lejos parecían suaves como cardos contra un cielo color limón. Un sonido se elevó desde la calle...

Un abril olvidado y las voces de los corderos sonaban como campanas en la habitación...

¡Oh, escapemos de abril! No somos más que nadadores en mares de palabras, nosotros los miembros del comité

mientras la canción de abril no tiene palabras. ¿Qué sabemos nosotros, y qué sabe Londres, después de todos estos años de aprendizaje?

La vieja madre Londres se acobarda con la cara enterrada entre las manos; está aprisionada entre sus nieblas y su estrépito, y sobre su cabeza se extienden las pesadas vigas de su oscuro tejado, que se sirve del sol enrejado como un tragaluz; y bajo su puerta soplan vientos que en realidad no son más que horribles corrientes. Londres sabe muchas cosas, y a cada momento aprende otras nuevas, pero lo que nunca aprenderá es que el sol brilla todo el día, y la luna brilla toda la noche, sobre las plateadas tejas de su oscura casa, y que los meses primerizos trepan por sus paredes y corren cantando entre los tejados.

Nada más ocurrió en aquella habitación. Al menos, nada más importante que las manifestaciones ordinarias propias de la magia. La lámpara se había apagado entre temblores. Llamas de colores danzaban alrededor de la cabeza de la desconocida. Alguien sintió el roce de un gato contra sus tobillos y vio el brillo de sus ojos verdes. Pero todo esto apenas importaba.

Y entonces se acabó. Se oyó al alcalde crujir los nudillos y murmurar «gatito, gatito». La lámpara volvió a encenderse sola. Nadie sospechaba que estuviera dotada de tal habilidad.

—¡Magnífico, señorita, realmente magnífico. Haría usted una fortuna en el mundo del espectáculo! —exclamó el alcalde.

La lengua del alcalde parecía hablar por sí sola, sin su ayuda. Se notaba que estaba impactado y que su habitual calma de tendero lo había abandonado, porque su mano

parecía seguir acariciando frenéticamente a un gato que no estaba allí.

Los gatos negros son los únicos atributos ligeramente llamativos de la magia; incluso los principiantes consiguen hacerlos aparecer a su antojo. Debe ser confuso para un animal tan meticuloso como un gato vivir intermitentemente y no saber nunca, por así decirlo, si existe o no.

La sexto miembro se quitó un lápiz severamente mordido de la boca y dijo:

—De hecho, creo que volveré este fin de semana. Puedo empeñar mis pendientes.

Por supuesto, nadie le prestó la menor atención, pero en cierto modo su comentario era lógico. Porque aquella primavera cantarina que había invadido momentáneamente la habitación le había recordado cosas muy familiares, y durante unos segundos se había visto a sí misma de pie sobre una colina querida, mirando hacia las hayas de un valle lejano, como se mira una tierra prometida; y había visto un río pálido y una ciudad oscura, como la leche y la miel.

En cuanto a la señorita Ford, se había quedado mas bien blanca. Aunque la persiana se había bajado, lo que había ahuyentado a abril, ella seguía mirando por la ventana. Luego se aclaró la garganta y preguntó con voz ronca:

—¿Puede tomarse la molestia de responder a mis preguntas? Le he preguntado a qué se dedica.

—Es absolutamente terrible que te interrumpa —dijo de pronto Lady Arabel—. Pero sabes, Meta, tengo la impresión de que estamos haciendo perder el tiempo a nuestra comisión. Esta joven no necesita nuestra ayuda.

Se volvió hacia la desconocida y añadió:

—Querida, estoy terriblemente avergonzada, pero es

absolutamente necesario que conozca a mi hijo Rrchud...
mi hijo Rrchud sabe...

Se echó a llorar.

La desconocida la tomó de la mano.

—Estaré encantada de conocer a Rrchud, y también de conocerte a ti —dijo.

Y se puso colorada.

—De hecho, me encantaría que me llamaras Ángela.

No era su nombre de pila, pero se había dado cuenta de que pedir que la llamaran por su nombre de pila era el tipo de cosa que se podía hacer cuando la gente mostraba instintos maternos y se ponía a llorar.

Y luego desapareció.

—Santo cielo —exclamó el alcalde. Por extraño que parezca, no esperaba que saliera por la puerta. Mira, se ha dejado una especie de herramienta allí en el rincón.

Era una escoba.